

**Marco A. Gutiérrez
&
Magis/iii**

**Marco A. Gutiérrez
&
Magis/iii**

ESQvİVA VERiTαΣ

Ensayación, ensañación y ensoñación

66.6 esquivas insidias a la realidad

<Tomo II>



**EDITURA UNIVERSITARIA
Craiova, 2021**

Copyright © 2021 Editura Universitaria
Toate drepturile sunt rezervate Editurii Universitaria

© Autor: Marco A. Gutiérrez.

Descrierea CIP a Bibliotecii Naționale a României
GUTIÉRREZ, MARCO A.

Esquiva veritas : ensayación, ensañación y ensoñación : 66.6 esquivas insidias a la realidad / Marco A. Gutiérrez. - Craiova : Universitaria, 2021

2 vol.

ISBN 978-606-14-1701-8

Tomo 2. - 2021. - Conține bibliografie. - Index. -

ISBN 978-606-14-1703-2

821.134.2

© 2021 by Editura Universitaria

Această carte este protejată prin copyright. Reproducerea integrală sau parțială, multiplicarea prin orice mijloace și sub orice formă, cum ar fi xeroxarea, scanarea, transpunerea în format electronic sau audio, punerea la dispoziția publică, inclusiv prin internet sau prin rețelele de calculatoare, stocarea permanentă sau temporară pe dispozitive sau sisteme cu posibilitatea recuperării informațiilor, cu scop comercial sau gratuit, precum și alte fapte similare săvârșite fără permisiunea scrisă a deținătorului copyrightului reprezintă o încălcare a legislației cu privire la protecția proprietății intelectuale și se pedepsesc penal și/sau civil în conformitate cu legile în vigoare.

LISTA DE ILUSTRACIONES / FigURACIONES

Fig_Portada (*Veritatis*): Magis/3

Fig_Epiprólogo: Magis/3.

Fig_1: Magis/3

Fig_2: Magis/3

Fig_3: Magis/3

Fig_4: Magis/3 (collage / *Gernika*)

Fig_5: Magis/3

Fig_6: Magis/3

Fig_7: Magis/3

Fig_8: Magis/3

Fig_9: Magis/3

Fig_10: Magis/3

Fig_11: Magis/3

Fig_12: Magis/3

&

Fig_14: Magis/3 (foto)

Fig_14: Magis/3

Fig_15: Magis/3

Fig_16: Magis/3

Fig_17: Magis/3

Fig_18: Magis/3

Fig_19: Magis/3

Fig_20: Magis/3

Fig_21: Magis/3

Fig_22: Magis/3

Fig_23: Magis/3

Fig_24: Magis/3

Fig_25: Magis/3

Fig_26: Magis/3

Fig_27: Magis/3

Fig_28: Magis/3

Fig_29: Magis/3

Fig_30: Magis/3

Fig_31: Magis/3

Fig_32: Magis/3

Fig_33: Magis/3

Fig_34: Magis/3

Fig_35: Magis/3

Fig_36: Magis/3

Fig_37: Magis/3

Fig_38: Magis/3

Fig_39: Magis/3 (foto)

Fig_40: Magis/3

Fig_41: Magis/3

Fig_42: Magis/3

Fig_43: Magis/3

Fig_44: Magis/3

Fig_45: Magis/3

Fig_46: Magis/3

Fig_47: Magis/3

Fig_48: Magis/3

Fig_49: Magis/3

Fig_50: Magis/3

Fig_51: Magis/3

Fig_52: Magis/3

Fig_53: Magis/3

Fig_54: Magis/3

Fig_55: Magis/3

Fig_56: Vossichen Zeitung 11/5/1924 (foto)

Fig_57: V. Kandinsky (Portfolio Gropius)

Fig_58: El Lissitzky

Fig_59: P. Klee (Portfolio Gropius)

Fig_60: L. Moholy-Nagy (Portfolio Gr.)

Fig_61: O. Schlemmer (Portfolio Gropius)

Fig_62: G. Mucho (Portfolio Gropius)

Fig_63: J. Itten (*Torre de luz y fuego*, 1920)

Fig_64: L. Feininger (Portfolio Gropius)

Fig_65: Magis/3

Fig_66: Magis/3

Fig_70: Magis/3

Fig_71: Magis/3

Fig_72: Magis/3

Figs_73/74: Perfiles de Magis/3

La construcción de la verdad, del movimiento, para decirlo metafóricamente, la vida como viaje, puede tener dos itinerarios básicos: ‘vía deconstructiva’, la realidad se altera básicamente quitando aquello que puede ‘molestar’ y añadiendo lo que la lógica general de los hechos pide y con el tono y color que reclama; la otra posibilidad es la de la ‘vía constructiva’, con unos materiales brutos y el dominio de la técnica apropiada se va levantando el edificio. La primera es el fruto prototípico de las ideologías (socio-políticas o socio-religiosas). La otra lo es, por excelencia, del arte. Con todo, existen situaciones límite y actuaciones mixtas. En la primera parte de este *Ensalmo* vamos a analizar la conocida novela de Joseph Conrad intitulada *El corazón de lastinieblas* [*The Heart of Darkness*], publicada inicialmente en 1899, mediante tres entregas sucesivas a la revista *Blackwoods’s Magazine*. Veamos ahora algún ejemplo de cómo el arte compone su ‘verdad’. Empezaremos por un esclarecedor acercamiento a la novela en cuestión de Conrad. Tal vez no sea del todo casualidad que Mario Vargas Llosa en su trabajo *La verdad de las mentiras* dedique un capítulo a dicha novela y que al final del mismo haga el siguiente comentario¹: «Marlow, que antes de viajar al África odiaba la mentira, a su regreso no vacila en mentir a la prometida de Kurtz, a la que engaña diciéndole que las últimas palabras de éste fueron el nombre de ella, cuando en verdad exclamó: “¡Ah, el horror! ¡El horror!”». ¿Fue una mentira piadosa para consolar a una mujer que sufría? Sí, también. Pero fue, sobre todo, la aceptación de que hay verdades tan intolerables en la vida que justifican las mentiras. Es decir, las ficciones; es decir la literatura». La tarea, por tanto, será reconstruir los hitos fundamentales que conducen a la ‘verdad’, que es tanto como formular una meta-verdad a través de los datos más relevantes que nos permitan llevar a cabo este objetivo tan lejos cuanto sea posible. Desde el punto de vista de los hechos externos tal vez convenga tener presentes algunos datos históricos, que tomamos en su mayor parte bien sea del aludido trabajo de Vargas Llosa, bien sea de la traducción que Eduardo Jordá² ha hecho de la novela de Conrad, así como de su *Diario del Congo* y de las Notas que al mismo hiciera en 1995 Robert Hampson. En primer lugar cabe reseñar que el autor de la obra, Joseph Conrad, de origen polaco, pero nacionalizado británico, era un marino profesional que fue contratado por la *Sociedad Anónima Belga para el comercio en el alto Congo* como capitán de un pequeño vapor que hacía la ruta en el río Congo entre Kinshasa y las Cataratas Stanley [Stanley Falls]. Parece ser, sin embargo, que no llegó a desempeñar dicho cargo en los 6 meses que estuvo en la zona³. Por otro lado, también resulta relevante destacar el hecho de que la novela en cuestión fuera escrita unos nueve años más tarde: en 1890 es la firma de contrato como Capitán del barco y, seguramente, en 1898 empezó a escribirla⁴. Si tenemos en cuenta que el narrador y co-protagonista de la obra es un tal Marlow, que con razón podría ser considerado un *alter ego* del propio Conrad, no parece descabellado pensar que la novela ‘regurgita’ las experiencias africanas después de haber sido digeridas y asimiladas durante varios años. Además, no debemos olvidar que el otro co-protagonista es un tal Kurtz, del que Vargas Llosa⁵ dice -y seguramente no le falta razón- que es «en teoría el personaje central de esta historia, [...] un puro misterio, un dato escondido, una ausencia más que una presencia, un mito que su fugaz aparición al final de la novela no llega a eclipsar reemplazándola por un ser concreto». Resulta, por tanto, fundamental tener presente que la obra no es una mera trasposición de historias que efectivamente ocurrieron al punto de que el lector disfrute de aventuras más o menos, mejor o peor ficcionadas, sino más bien todo lo contrario, son pocas las cosas que en verdad llegaron a suceder (más o menos tal cual se narran), de suerte que lo que cuenta en esencia son las sensaciones / emociones vividas con tanta intensidad que se quedaron impresas en el subconsciente del autor, hasta el extremo de que le llevaron a cambiar de actitud, a resetear su visión de la vida, y, lo que a

nosotros más nos importa, a crear el molde de intencionalidad sobre el que se fraguaría la obra, tanto desde el punto de vista formal como emocional. En otras palabras, los dos co-protagonistas revelan las dos caras de la verdad, como si ésta fuera una moneda: la verdad genuina (¿ingenua?), y la verdad evanescente, de la que queda un leve rastro y que como sabuesos perseguimos hasta el momento en el que parece que ya la tenemos, y es entonces cuando vuelve a desaparecer y tan solo queda un resto, un leve rastro, una dudosa sombra, un misterioso halo de verdad creíble, como quien dice ‘este momento es intenso, verdadero’, lo demás son preparativos, preámbulos, o bien secuelas, postverdades, sensaciones que propiamente no se pueden definir.

Un poco más arriba hemos citado el comentario que Vargas Llosa hace sobre el uso e interpretación del concepto de ‘verdad’ por parte de Marlow. La cita sin duda no carece de interés, no obstante, su trascendencia resulta ser mayor si tenemos presente la actitud genérica de Marlow / Conrad, que queda especialmente patente (eso creemos) en este momento de autorreflexión⁶: «Me quedé para soñar la pesadilla hasta el final, y para demostrarle una vez más mi lealtad a Kurtz. El destino, ¡Mi destino! Qué cosa más cómica es la vida, esa misteriosa combinación de lógica implacable para un propósito inútil. Lo máximo que uno puede esperar de ella es un cierto conocimiento de uno mismo -que siempre llega demasiado tarde- y una cosecha de inextinguibles remordimientos». Esa lógica de la vida, esa ‘verdad’, nunca verdadera del todo, era la que justificaba el cómico hecho de que él hubiera firmado un contrato de tres años como capitán de un barco y que después de haberse presentado en el lugar acordado y con el tiempo justo para ejercer dicho compromiso nada resultara ‘cierto’, ni factible. Pero este escepticismo subyacente y omnipresente lo detectamos en otros momentos. No menos significativo que el anterior es este otro⁷: «es imposible, es imposible transmitir la sensación de vida de una época cualquiera de la propia existencia, eso que le confiere su verdad, su significado, su sutil y penetrante esencia. Es imposible. Vivimos como soñamos, solos». Es obvio, por tanto, que Conrad era consciente de la ‘indecibilidad’ de la verdad, de que solo nos quedamos con la ‘apariencia de lo verdadero’, o incluso peor, ‘lo verdadero como apariencia’, y, para ser sinceros, es ‘verdadero’ porque es ‘tal vez apariencia de apariencia’, ‘trampantojo de la verdad’, si te lo crees te engañas a ti mismo, si dudas, dudas de todo, solo cabe ‘creer dudando’, o ‘dudar creyendo’. ¿Por qué son las cosas así? Se podría conjeturar a partir de muchos hechos. El propio Vargas Llosa apunta uno⁸: «Porque la vida real, la vida verdadera, nunca ha sido ni será bastante para colmar los deseos humanos. Y porque sin esa insatisfacción vital que las mentiras de la literatura a la vez azuzan y aplacan nunca hay auténtico progreso».

Así las cosas, corresponde ahora cambiar de plano y de perspectiva. Se da la circunstancia que durante los seis meses que Conrad pasó en el Congo a la espera de dar cumplimiento a su contrato tuvo tiempo y ocasión para escribir dos diarios. Uno de ellos era de tipo técnico, el *Cuaderno de navegación río arriba*, que contiene planos de navegación y anotaciones detalladas sobre bajíos y puntos de aprovisionamiento de combustible para el viaje de 1.600 km desde Kinshasa hasta las cataratas de Stanley a bordo del vapor ‘Toi des Belges’, desde el 13 de agosto hasta el 24 de septiembre de 1890. En el otro, el *Diario del Congo*, narra algunos detalles y peripecias del viaje con una caravana de porteadores nativos y un agente colonial belga entre el 13 de junio y el 1 de agosto de 1890, de unos 300 kilómetros en total, desde Matadi hasta Nselemba, dado que el río Congo no era navegable en esa zona debido a las turbulencias que generaban los rápidos. Éste era el bagaje con el que contaba Conrad: recuerdos, reales e imaginados; y ésta era la levadura que los hacía fermentar: su poderosa imaginación. Así se cocía ‘la verdad de las mentiras’. Entremos en la ‘cocina’ y abramos por unos momentos las <com>puertas del horno para ver qué se cuece, qué sucede realmente. En tal cometido nos van a resultar de particular interés algunas de las Notas que Hampson, como ya se ha dicho, hizo al *Diario del Congo*. Para el análisis del asunto que aquí nos interesa seguiremos el camino inverso, es decir, partiendo de las Notas llegaremos por sucesivos estadios al texto de la novela. Así, en la Nota 11 de Hampson leemos⁹: «Compárese con la descripción de la vida en la ‘Estación Central’ de *El corazón de las tinieblas*». A su vez, el texto anotado del *Diario* dice literalmente¹⁰: «24 DE JUNIO [...]. Característica principal de la vida social de aquí: todos hablan mal los unos de los otros». Téngase en cuenta que Conrad acababa de llegar (el 13 de junio) a Matadi. Vayamos ahora ya a la descripción del ambiente que se respiraba en la

‘Estación Central’ de la novela¹¹: «Mataban el tiempo murmurando e intrigando contra los demás de un modo estúpido. En aquella estación flotaba un aire de conspiración, a pesar de que aquello no acabase nunca en nada, por supuesto. Era algo tan irreal como todo lo demás: como la falsa filantropía de aquella empresa, como sus conversaciones, como su forma de gobierno, como su manera de fingir que trabajaban. El único sentimiento real era el deseo de ser destinado a un asentamiento comercial donde se pudiera obtener marfil, para que así pudieran cobrar sus porcentajes. Intrigaban y se difamaban y se odiaban sólo por ello; en cuanto a si levantaron una sola vez un dedo, oh, no, eso nunca. ¡Santo cielo!». Volvamos ahora a Hampson (Nota 21), donde podemos leer¹²: «Compárese con este párrafo de *El corazón de las tinieblas*: “Un día, un hombre blanco con el uniforme desabrochado, que había acampado junto al sendero con una escolta armada de desgarrados negros de Zanzíbar [...] dijo ocuparse del mantenimiento de la carretera. No puedo decir que viera ninguna carretera ni obras de mantenimiento de ninguna clase, a no ser que el cuerpo de un negro de mediana edad, con un agujero de bala en mitad de la frente, con el que me tropecé literalmente tres millas más allá, pudiera ser considerado una mejora permanente”». El texto del *Diario* de referencia comparativa con este comentario ácido y descarnado es el siguiente¹³: «JUEVES 3 DE JULIO. Salimos a las 6 a.m. tras una noche de buen descanso. Hemos cruzado una cadena de lomas bajas y entrado en un amplio valle o más bien un llano con una hondonada en medio. Hemos encontrado a un oficial del Estado inspeccionando. Pocos minutos después vi en un lugar de acampada el cuerpo muerto de un backongo. ¿Le habían disparado? Hedor terrible». Vayamos con el tercer pasaje digno de comparaciones. Corresponde a la Nota 24 de Hampson¹⁴: «Compárese *El corazón de las tinieblas*: “Una telaraña de senderos pisoteados que se extendían por la tierra yerma, a través de la hierba crecida, a través de la hierba quemada, a través de los matorrales subiendo y bajando por barrancos gélidos, subiendo y bajando por colinas pedregosas abrasadas por el calor”». Y en el *Diario del Congo* encontramos una observación que no parece tener tanta relación con el texto anterior como parece suponer Hampson¹⁵: «El tono general del paisaje gris amarillento (hierba seca) con parcelas rojizas (suelo) y cúmulos de vegetación verde oscuro escasamente diseminados. Casi siempre en gargantas escarpadas entre las altas montañas o en barrancos que cortan el llano».

Pasamos ahora a examinar la Nota 28 de Hampson¹⁶: «Compárese con *El corazón de las tinieblas*: “Tal vez en una noche tranquila el redoble de unos tambores lejanos elevándose, hundiéndose, un redoble vasto y débil; un sonido misterioso, tentador, sugerente y salvaje”». Y en el *Diario* leemos¹⁷: «Mosquitos. Por la noche, cuando salió la luna, oí gritos y tambores en los poblados lejanos. Pasé una mala noche».

Veamos a continuación lo que dice la hampsoniana Nota 46¹⁸: «El Florida se hundió el 18 de julio, pero fue reflotado y llevado a Kinshasa cinco días más tarde. Compárese con: “Uno de ellos [...] me informó con gran locuacidad y muchas digresiones [...] de que mi vapor estaba en el fondo del río”». Y en el *Diario* leemos a propósito de este incidente¹⁹: «MARTES 29 [...]. Malas noticias de río arriba. Todos los vapores están inservibles. Uno se ha hundido». Llegamos ya a la penúltima similitud. La Nota 49 al *Diario* aconseja²⁰: «Compárese con *El corazón de las tinieblas*: “... y tuvimos que llevarlo en una hamaca colgada de una pértiga. Como pesaba cien kilos, tuve un sinfín de peleas con los porteadores». Y en el texto del *Diario* leemos²¹: «1/2 hora después llegó Harou muy enfermo, con un ataque de bilis y fiebre. Lo acosté en un shimbek del gobierno. Dosis de ipeca. Vomitó bilis en enormes cantidades. A las 11 le he dado un gramo de quinina y mucho té caliente. Ataque de calentura que culmina con una fuerte sudoración. A las 9 p.m. lo he colocado en una hamaca y partido hacia Kinfumu. Altercado con los porteadores durante todo el camino».

Legamos ahora ya a la última similitud digna de mención, Nota 50 de Hampson²²: «Compárese con este párrafo: “Una noche, les solté un discurso en inglés, a base de gestos, ninguno de los cuales pasó desapercibido para los sesenta pares de ojos que tenía ante mí”». Y en el aludido texto de referencia del *Diario* podemos leer²³: «Espero un montón de discusiones con los porteadores mañana. Los convoqué a todos y les di un discurso que no comprendieron. Prometen buena conducta». En la novela leemos literalmente²⁴: «Así que, aquella noche, les solté un discurso en

inglés, a base de gestos, ninguno de los cuales pasó desapercibido para los sesenta pares de ojos que tenía ante mí».

Se podría decir que en su literalidad hay ciertas semejanzas entre el texto del *Diario* y el de la novela. Sin embargo, desde el punto de vista ideacional nos encontramos a menudo con que uno y otro texto presentan ideas contrapuestas. Este sería el caso del último ejemplo citado: (*Diario*) discurso que no comprendieron / (novela) gestos que no pasaron desapercibidos. Ello muestra cómo, en primera instancia, los recuerdos son más bien imprecisos y están claramente al servicio de la intencionalidad artística de la novela. Tales concomitancias nos llevan a elaborar un plan que podríamos calificar de ‘percepción intencional dinámica’ y que nos ayudará, por un lado, a sistematizar nuestras indagaciones y, por otro, a sintetizar de forma eficaz nuestras conclusiones. Nuestra pregunta sería ahora si los apuntes del *Diario del Congo* de Conrad fueron unas notas que tenían, de hecho, como finalidad servir de borrador o punto de partida para una novela ya pergeñada en su intencionalidad temática y artística, o más bien era simplemente una especie de *Diario* personal, de suerte que sólo pasado un tiempo, y considerados con cierta distancia los hechos vividos y acontecidos, entendió Conrad que bien podrían ser el germen de una novela de ‘aventuras desventuradas’ (si se nos permite decirlo así), es decir, donde la realidad es tan irreal que está más cerca de la ‘verdad novelada’ que de la ‘verdad creíble’ como tal. Así las cosas, la ‘verdad’ en tanto que realidad de vida parece que se va construyendo momento a momento y es solidaria con la intencionalidad holística de la obra, de suerte que en cada momento los hechos son la urdimbre que se hace solidaria con la trama novelada de unas acciones que de esta forma pasan a constituirse como una ‘verdad estética’, y como tal puede dejar atrás pequeñas verdades locales (menores, tal vez accidentales) que finalmente se recontextualizan para ofrecer una resultado último mediado por peajes literarios, de coherencia y credibilidad, que, a su vez, presentan sus credenciales mediante servidumbres estético-formales. Quedarían así justificados los diferentes usos que en cada contexto se da a los apuntes del diario, esbozos que, como ocurre con los pintores, sufren retoques, mayores o menores, hasta el punto de que el guión puede llegar a ‘exigir’ en algún caso incluso la eliminación de la idea original, bien sea de forma absoluta, bien mutándola en su contraria. Se puede apreciar, en definitiva, que las personas pueden debatirse en un determinado momento entre distintas ‘verdades virtuales’ sobre un mismo asunto, susceptibles de conformar una apariencia de oxímoron o una paradoja aparente o real (con o sin contradicción en los términos). Pero tal vez más interesante sea que cierto tipo de verdades solo tienen sentido si están contextualizadas, hasta el punto de que es precisamente el hecho de existir lo que les confiere ese estatus epistemológico (no ontológico) de realidades opinables, es decir, verdades que pueden ser verídicas o no, pero siempre realizables, y, en tanto que tal, ‘reales’.

Pero al final,
casi al final,
llegó el trágico final
del malvado Kurtz.
No era una muerte fingida,
pero tampoco era verdadera
no era el final del final,
del todo,
sólo el fin de un comienzo,
un fin solo, solitario,
incluso por momentos solidario,
sin vientos, sin aspavientos,
el caso no daba para tanto,
las fauces del ocaso
deglutían y a la vez regurgitaban
tanta vida pasada
como muerte presente,

se presentaba la hora,
pero su presencia
no era del todo evidente,
llegaba torpe,
casi casquivana,
por momentos esquiva,
como por equivocación,
pidiendo perdón
por la hora intempestiva,
esquivando tormentas del desierto,
aguaceros marinos,
sales desaladas,
soldados sin sueldo,
sin suelo, sin techo,
con derecho a todo,
derecha desfilaba ante su anfitrión,
que cuadraba sus cuentas,

hacía arqueo de su vida
por si algo,
poco o mucho,
había hurtado
a los hados,
pequeños robos
de un gran ratero,
que regateaba a su bolsillo
después de roto,
jorobado, hadruba,
porque la avaricia
rompe la saca,
grandes sisas
que provocan risas,
no es traidor el que avisa²⁵:

«La parda corriente fluía con rapidez desde el corazón de las tinieblas, llevándonos hasta el mar al doble de velocidad que en nuestro viaje de ida; y la vida de Kurtz también corría deprisa, refluendo, refluendo desde su corazón hasta el mar del tiempo inexorable [...]. Kurtz peroraba. ¡Qué voz! ¡Qué voz! Resonó en profundidad hasta el último momento. Sobrevivió a sus fuerzas para ocultar en los majestuosos pliegues de la elocuencia la baldía oscuridad de su corazón. ¡Oh, cómo luchó! ¡Cómo luchó! Unas imágenes fantasmales rondaban los despojos de su fatigado cerebro; eran imágenes de fama y dinero que se arremolinaban obsequiosas en torno a su inextinguible don para la opresión elevada y sublime [...]. La sombra del Kurtz original frecuentaba el lecho de aquel fante hueco, cuyo destino era ya el de ser enterrado al poco tiempo en el moho de la tierra primigenia. Pero tanto el amor diabólico como el odio sobrenatural hacia los misterios que había explorado combatían por el dominio de aquella alma saciada por la posesión de emociones primitivas, ávida de falsa fama, de distinciones de pacotilla, de todas apariencias del éxito y del poder. En ocasiones era despreciablemente pueril. Deseaba que los reyes lo recibieran en las estaciones de tren a su regreso de un Horrenda Tierra de Ninguna Parte, donde tenía intención de acometer grandes empresas [...]. Yo miraba hacia adelante, llevando el timón. “Cierre el postigo”, dijo súbitamente Kurtz un día. “No puedo soportar ver esto”. Así lo hice. Se hizo el silencio. “¡Oh, todavía pienso arrancarte el corazón!”, le gritó a la jungla invisible. Tuvimos una avería, como yo había previsto, y tuvimos que atracar en el extremo de una isla para hacer las reparaciones. Este retraso fue lo primero que hizo tambalear la confianza de Kurtz. Una mañana me dio un fajo de

papeles y una fotografía, todo ello atado con un cordel de zapato. “Guárdeme esto”, dijo; “ese pernicioso idiota” (se refería al director) “es capaz de curiosear en mis baúles cuando no lo vea”. Por la tarde lo vi. Estaba tendido boca arriba con los ojos cerrados, y me retiré sin hacer ruido, pero le oí susurrar: “Vive rectamente, muere, muere...”. Escuché. No hubo nada más. ¿Estaba ensayando algún discurso en sueños, o era un fragmento de una frase de algún artículo de periódico? Había escrito para los periódicos y quería volver a hacerlo “para difundir mis ideas. Es mi deber”». Y al final la oscuridad, oscuridad de oscuridades, negro sobre negro, todo ello precediendo a la epifanía del vacío, a la victoria de la nada, al pleno apocalipsis de todo, *hic et nunc*²⁶: «La suya era una oscuridad impenetrable [...]. Una noche, al entrar con una vela me sobresaltó oírle decir con la voz un tanto trémula: “Estoy aquí tendido en la oscuridad, esperando la muerte”. La luz estaba a un pie de sus ojos. Me obligué a murmurar: “¡Oh, tonterías!” y me quedé de pie a su lado, como transfigurado. No he visto nunca nada semejante al cambio que se operó en sus facciones, y espero no volver a verlo nunca. No me conmovió, sino que me fascinó. Fue como si un velo hubiera sido arrancado. Vi en aquel rostro de marfil la expresión del orgullo sombrío, del poder despiadado, del terror más abyecto..., de una desesperación intensa e irremediable. ¿Volvió a vivir acaso su vida en cada detalle de deseo, tentación y flaqueza durante aquel supremo momento de lucidez absoluta? Gritó en un susurro a alguna imagen, a alguna visión; gritó dos veces, un grito que no fue más fuerte que un suspiro: “¡El horror! ¡El horror!”. Apagué la vela y salí de la cabina. Los peregrinos estaban cenando en la cantina, y ocupé mi lugar frente al director, que alzó la vista para dirigirme una mirada interrogativa, que logré ignorar. Se echó hacia atrás, sereno, con aquella extraña sonrisa suya que sellaba las profundidades inexpresadas de su mezquindad [...]. De pronto el criado del director asomó insolente su cabeza negra por la puerta y dijo en un tono de hiriente desdén: “Señor Kurtz, él muerto”».

Por lo demás, nos parece que el análisis podría ir todavía un poco más lejos e indagar en una potencial tercera dimensión de la realidad literaria. En efecto, entre el *Diario del Congo* y *El corazón de las tinieblas* hay una tercera construcción posible, la de la ‘historia narrada’ propiamente dicha, no simplemente anotada o acotada, como la que encontramos en el *Diario*. Para nuestros propósitos entendemos que una obra de referencia que puede resultarnos de una gran ayuda es el libro John Rowlands (1841-1904, conocido como Henry M. Stanley) intitulada *El Congo y la creación del Estado Independiente de este nombre. Historia de los trabajos y exploraciones verificados por Enrique M. Stanley*²⁷. En su *Diario del Congo* habla Conrad de Manyanga, un punto situado en las inmediaciones del río Congo próximo al Lago Stanley²⁸: «A unos diez minutos del campamento dejamos el sendero principal del gobierno por la senda de Manyanga. Cielo nublado. El camino sube y baja todo el tiempo. Hemos pasado por un par de poblados. El terreno presenta una confusa vegetación de colinas; la tierra resbala por sus flancos y se ve roja. Bonito efecto de una colina roja cubierta en algunos lugares por una vegetación verde oscuro [...]. Llegamos a Manyanga a las 9 a.m. Recibido con gran afecto por los señores Heyn & Jaeger. Alto muy confortable y agradable. Permanecemos aquí hasta el 25. Los dos hemos estado enfermos. Nos han cuidado de la forma más amable. Partimos con sincero pesar». En su Nota 37 apostilla Hampson²⁹: «Conrad nunca explicó la razón de esta demora tan prolongada». Téngase en cuenta que llegó a dicho punto el martes 8 de julio de 1890 y partió de allí el viernes 25 de julio³⁰. No es nuestra intención aventurar una hipótesis sobre dicha demora. Así y todo, la experiencia narrada por Stanley tal vez nos pudiera dar alguna pista³¹: «¿A qué atribuir la enfermedad cuyos síntomas se manifestaron cuatro días después de mi llegada a Manyanga? [...] No sabría decirlo; pero lo cierto y positivo es que de repente me sentí atacado de fiebres». En lo que sigue vamos a contrastar el viaje río arriba, pasando de una casi segura muerte a la vida, por parte de Stanley, con el viaje río abajo, en tanto que metáfora del proceso de la vida a la muerte de Kurtz, el co-protagonista de la novela en cuestión. Veamos cómo aparecen narrados uno y otro en su literalidad más relevante. Comenzamos por el texto de Stanley, que narra su propia peripecia en tanto que descripción realista (histórica), y que duró en su fase más dramática desde el 9 de mayo al 2 de junio (24 días)³²: «El primer día la enfermedad no me molestó mucho, ya que pude asistir a una importante *palaver*, en la cual los principales jefes de Manyanga, allí presentes, prometiéronme concederme otra entrevista y

entenderse conmigo para el establecimiento de una estación en su comarca. El 6 de mayo reapareció la fiebre que me molestaba, pero más intensa, habiéndome visto obligado a guardar cama; de consiguiente, los jefes volvieron a sus pueblos sin haber podido tener conmigo la importante entrevista proyectada. Al otro día estaba peor. La enfermedad cobró nuevos bríos, y sin embargo, no me asustaba. Doce meses hacía que mi salud era buena; así, pues, yo no daba mucha importancia a esa indisposición que me parecía pasajera, y debo confesar que lo que más me afligía era el forzado reposo a que me veía sujeto cuando tan necesaria era mi actividad. Pero el día siguiente comencé a alarmarme, pues la fiebre iba en aumento de una manera extraordinaria, a pesar del gran número de medicamentos que engullía. El día nueve de mayo tuve náuseas y la fiebre me devoraba [...]. Al cabo de ocho días de fiebre experimenté gran debilidad; temeroso de una recaída, absorbí otros treinta granos de quinina preparados como la primera vez. Excelente fue mi método, porque a poco volví a perder la noción de mis ideas, cayendo en el abismo del mundo ilusorio. Por espacio de otros seis días interminables la fiebre persistió con la misma fuerza: cada veinticuatro horas tenía un momento de calma, durante el cual veía y oía claramente lo que se hacía y se decía en torno mío; pero esas treguas eran tan fugaces que no me daban tiempo para reponerme [...]. El día décimocuarto sentíme tan débil que no pude levantar los brazos ni sentarme sin auxilio ajeno. Mis fuerzas estaban agotadas, y si quería moverme o incorporarme tenía que molestar a los negros que me acompañaban y que sin duda acabarían por fatigarse y abandonarme, o a lo menos así lo pensaba yo. Después de absorber las dosis de quinina, que eran de cincuenta granos, sentía bullir mi cerebro y alborotarse las sienas, cayendo luego en un estado de completa postración. A las siete de la mañana del 20 de mayo la enfermedad pareció haber llegado al período álgido. Despertado bruscamente, apenas me hube dado cuenta de mi situación cuando me asaltó sombrío presentimiento. La crisis se acababa de presentar y la muerte debía llamar a mi puerta: queriendo, pues, cumplir con los deberes de la amistad hacia los miembros del cuerpo expedicionario, supliqué a Mabruki que hiciese venir a todo el mundo, europeos y zanzibaritas. Mientas iba este a cumplir mi encargo Dualla me propinó otros sesenta granos de quinina disuelta en vino Madera y ácido hidrobromico. Había llegado a un estado tal de postración que no podía valerme de mis manos para llevar el vaso a los labios [...].

Pocos momentos después suena ruido de pasos por todos lados, las cortinas de mi tienda se descorren, y a través de un rayo de sol que me parece frío y empañado diviso la sombra de varios hombres sentados delante de mi lecho [...]. En mi cerebro se entabla una especie de pugilato entre las preocupaciones de la muerte y el deseo de articular algunas palabras inteligibles; paréceme divisar en lontananza una luz blanca, cuyo brillo interno me distrae, a pesar de los esfuerzos que hago para concentrar mi atención en torno de los amigos reunidos al pie de la cama. Mis labios se niegan a articular las palabras que quiero que oigan. -¡Míreme usted, Alberto! exclamo de improviso. No se mueva y fije en mí la vista. Tengo que hablarle. El joven marino, una de cuyas manos estaba enlazada con la mía, me miró fijamente para que pudiera vencer la opresión que paralizaba mi lengua. Después de un esfuerzo supremo logré triunfar; mis labios formulan claramente las palabras que quiero pronunciar y me encuentro tan aliviado que lanzo la siguiente exclamación: -¡Salvado!- En seguida me parece que una nube negra se cierne sobre mi cabeza, disípase la percepción de las cosas y un síncope que dura varias horas me quita toda especie de sensación. El día siguiente, al abrir los ojos, supe que había permanecido veinticuatro horas en la misma postura, siendo tanta mi debilidad que no habría podido moverme sin ayuda de otra persona. Me parecía que tenía paralizada la espalda y todos los huesos me dolían; pero sin preocuparme de mis males, apenas desperté me entraron ganas de comer al paso que experimentaba cierta repulsión por los medicamentos. ¿Por ventura había experimentado mejoría? Lo ignoro; pero resignado con mi suerte, renunciando a luchar contra la fiebre, estaba resuelto a tomar algún alimento, aunque fuese manía mía, y no fue poca la sorpresa de Mabruki cuando le pedí un plato de sopa. El señor Braconnier, que a petición mía fue llamado por el joven enfermero, me concedió lo que pedía y aun tuvo la bondad de ayudar a Mabruki a preparar la sopa. Una hora después manifesté que tenía más gana de comer, pues el hambre me devoraba [...]. El 30 de mayo había desaparecido de tal suerte todo peligro que Dualla y Mabruki solo cuidaban de restablecer mis fuerzas; pero como la

enfermedad me había debilitado en extremo, la convalecencia fue larga y penosa. El día citado, sin embargo, me sentí con bastante ánimo para hacerme trasladar al campamento, y ese paseo, más bien dicho, esa visita a mis compañeros me hizo mucho bien. El día 2 de junio pude levantarme y permanecer sentado bajo mi tienda, abrigado con un grueso ulster». ¿Qué es la verdad, podría preguntarse un ‘aventurero explorador’ (o bien, si se prefiere, un ‘explorador aventurero’)? Y la respuesta sería, metafóricamente hablando, “lo que está entre la espada y la pared”, o bien, alguno se decantaría por “el borde mismo del abismo”. Henry M. Stanley, que sabía mucho de ello, en su *Autobiografía. Bula Matari, historia de un explorador* aclara al respecto³³: «Es el trabajo el que acaba con el desasosiego, y el reposo ocioso acaba con el sosiego, porque crea una miríada de enfermedades y un náusea de la vida [...]. ¡La alegría del alma yace en el hacer! La verdad contenida en este verso explica lo que ha hecho que muchas personalidades llegasen a ser ilustres. Es un viejo tema en la poesía [...]. Milton, a pesar de su ceguera y su miseria cotidiana, fue feliz en las sublimes escenas conjuradas por su imaginación poética y es por ello que dijo “La alegría del alma yace en el hacer, y el éxtasis de la continuidad es el premio”». Stanley, en fin, a quien tildaban³⁴ de ‘Quijote’, ‘aventurero’ e incluso ‘bucanero’, se nos presenta como la contraparte de Kurtz, explotador sin escrúpulos, que, a su vez, es contrapunto del conradiano Marlow. La prueba fehaciente nos la ofrece su actitud y disposición cuando los jefes aborígenes del Congo aceptan su propuesta de construir una línea de ferrocarril de 1.500 kilómetros desde el Alto Congo hasta las Cataratas de Stanley [Stanley Falls]³⁵: «El Comité estuvo de acuerdo, a condición de que él volviera a tomar la dirección de los trabajos. Consintió, a pesar de su quebrantada salud, y emprendió el camino de regreso sólo seis semanas después de su llegada a Europa. Impuso sin embargo una única condición, debiendo usar para ello todo el poder de persuasión de que era capaz: debían enviar ayudantes capaces en reemplazo de los jovencuelos irresponsables, en quienes había tenido que confiar ya demasiado tiempo. Se horrorizaba ante la idea de lo que aquellos estarían haciendo, o deshaciendo, en su ausencia. Vio sus temores confirmados: en viaje río arriba desfiló ante él el espectáculo de una lamentable sucesión de estaciones descuidadas y en ruinas; y encontró Leopoldville, en la que había puesto tantas esperanzas, convertida en un lugar desolado, presa del hombre y la maleza. Hizo cuanto pudo para remediar el mal y fue impulsando, contra todas las corrientes, su afán constructivo».

Las tinieblas que encontramos en el fondo del corazón de las personas no son las tinieblas de quien se ha extraviado, sino de quien no ha encontrado todavía el camino. Por contra, el itinerario de la verdad nos lleva al corazón de las tinieblas, y allí encontramos más verdad, condensada, en pepitas, como el oro, reluciente y efímera, cada uno se encuentra a sí mismo, la verdad está en la búsqueda, nos sale al encuentro unas veces, nos desencuentra otras. Parafraseando a Cavafis, no tengas prisa en llegar, ¿por qué?, pues porque cuanto más te demores más aprenderás, cuando llegues tendrás que llegar cansado, sí, cansado, pero sabio, con el mayor cargamento posible de sabiduría a tus espaldas, hasta que ya no puedan con